

PSICOLÓGICAMENTE EN RUINAS

Apoyé mi mano en la pared y volví a vomitar.

- No te queda nada más en el cuerpo, Katherine - me repetía- tienes que dejar de vomitar.

Pero mis dedos ya estaban otra vez perfectamente colocados sobre mi faringe y mi cuerpo, perfectamente encorvado. Cuando estuve segura de que no quedaba ningún resto de comida en mi cuerpo, me levanté y me miré en el espejo. Esos ojos azules, hinchados y ligeramente enrojecidos, me miraban y me reprochaban todo lo que estaba haciendo. Ignoré aquella mirada, que tiempo atrás habría sido la mía pero que ahora pertenecía a otra persona que sin duda no era yo.

Y fui a la cocina, directa al frigorífico. Sé lo que estará usted pensando pero no, no fui a comer. Cogí mi botella de Ginebra, ay, mi preciosa Ginebra... ¿Sabe? A veces la echo de menos. Bueno, cogí mi botella de Ginebra y le di largos tragos, muy largos tragos... Demasiados diría yo. Y cuando me desperté, eran las ocho de la mañana de un martes y sí, yo tenía que ir al instituto.

Me miré en el espejo. Aún llevaba la raya pintada del día anterior, por lo que ni me molesté en volverme a pintar. Me dolía muchísimo la cabeza, así que cogí varios ibuprofenos y me los metí en la boca. Le di un trago a mi tan querida Ginebra y salí de casa deprisa, como de costumbre.

Y en el instituto comenzó mi infierno diario. ¿Sabe usted? Cuando yo estaba en el otro instituto era muy popular: tenía muchos amigos y amigas, los chicos me admiraban y los profesores solían tenerme mucho cariño. Pero allí, en el nuevo instituto, mi vida era un infierno.

Todas las mañanas, absolutamente todas las mañanas, una chica bastante guapa me ofrecía un bocadillo, y todas las mañanas yo lo rechazaba. Déjala, decía el resto, es anoréxica.

Los primeros días les contestaba, les gritaba y discutía con ellas, pero dejé de hacerlo porque me di cuenta de lo estúpido que resultaba.

Lo cierto es que yo no entendía como ellos sabían que yo era anoréxica. Ahora lo sé, claro que lo sé. Mi aspecto era enfermizo, tenía una palidez horrenda, los dedos azulados y se me caía ligeramente el pelo. Además tenía pequeñas rupturas vasculares en la cara y las parótidas ligeramente inflamadas. Debía ser muy obvio para todos ellos que yo era anoréxica y tenía episodios bulímicos ya que lo habían estudiado, pero sin embargo nadie hizo nada para ayudarme.

Los profesores tampoco hacían nada por ayudarme y eso que en varias ocasiones sufrí desmayos en medio de clase. Al principio todos se asustaban, pero luego empezaron a acostumbrarse.

Como puede ver, mi vida en el instituto no era fácil, no era nada fácil.

En realidad se me estaba bien, era yo la que había decidido cambiarme de instituto. Pero usted me entiende, ¿verdad? Yo no podía quedarme en ese instituto, me negaba a ver día tras día a personas que lo habían compartido todo conmigo, no podía dejar que me vieran caer en el mundo en que estaba metida. Un mundo de alcoholismo que posteriormente daría lugar a mis trastornos alimenticios, como usted ya sabe. Por eso me cambié de instituto, pero en el nuevo instituto no me iba nada bien.

Hablemos ahora de mis notas. Antes yo no era la más brillante de la clase, aunque como ya le he dicho, mis profesores me tenían cierto cariño. Aprobaba, por supuesto que aprobaba. Mis notas nunca bajaron

del seis. Es irónico. Para mis padres siempre fueron importantes las notas ¿y ahora? Ahora ni siquiera consigo un triste aprobado. A mis padres no les gustaría verme así, es más, creo que les preocuparía más verme suspender que verme alcohólica o con mis trastornos alimenticios... ¿Usted qué piensa? Espere, mejor no me responda, quiero seguir contándole mi historia.

Tras ofrecirme el bocadillo y reírse de forma escandalosa de mí, entrábamos todos a clase, incluida yo por supuesto. Mi clase era una clase pequeña y poco espaciosa para demasiados alumnos. Supongo que los recortes de educación no le han hecho bien a nadie, y además nunca había sillas suficientes. Imagínese quién iba a buscar siempre sillas. Por supuesto era yo, bueno también había una chica que me acompañaba. Era una chica bastante guapa, rubia, de ojos azules ¿y sabe qué? Sus muñecas estaban llenas de cicatrices y en ocasiones de vendas llenas de sangre. Ese era el motivo por el cual nadie hablaba nunca con ella, era una marginada, igual que yo.

Yo nunca he tenido el valor para cortarme, nunca jamás. Siempre he creído que al ver la sangre me desmayaría.

Pero esa chica tenía una historia probablemente igual que la mía, caótica.

Nunca me he atrevido a preguntarle por su historia y ella, por su parte, jamás me preguntó por la mía.

¿Por dónde iba? Ah sí, las dos íbamos siempre juntas a buscar las sillas que faltaban, por lo que siempre llegábamos cinco minutos tarde. Y todos los días, a las ocho y treinta y cinco de la mañana mis compañeros de clase nos miraban. Inquisidoras e interrogantes miradas que se posaban en cada una de las cicatrices de mi compañera y en mi cuerpo esquelético. De vez en cuando alguien me miraba como quien mira a un pequeño cachorro abandonado, con pena.

Y esas miradas me daban arcadas, porque yo siempre he sido muy fuerte; nunca he querido darle pena a nadie y mucho menos a esa panda de niños asquerosamente ricos cuya vida era absolutamente perfecta.

Pero aun así me consolaba tener a esa chica cerca de mí aunque sinceramente nunca crucé una palabra con ella. Las dos nos limitábamos a sentarnos en la última fila e intentábamos prestar atención a las clases, cosa que probablemente ella conseguía vistos sus resultados académicos.

Yo simplemente miraba fijamente a los profesores, no les quitaba un ojo de encima. Me fijaba en su ropa, día tras día, intentaba comprender su forma de ser por medio de sus movimientos, su forma de hablar... Todas esas cosas.

Quizás piensa usted que estoy loca. No, espere; es por eso por lo que estoy aquí, porque estoy loca.

¿Por qué una chica de diecinueve años tendría que estar en el psiquiatra si no?

Y como le iba contando, así pasaba mis horas de instituto, analizando a los profesores.

Bueno entre clase y clase, algunas 'niñas ricas' de mi clase se dedicaban a joderme... ¡Espere, olvide que he dicho esa palabra tan masonante! Se divertían comprando bollos y comiéndoselos delante de mí, mientras yo observaba sus preciosos cuerpos.

Y a las dos y veinte en punto sonaba el timbre de libertad y era la hora de volver a casa.

En realidad, quizás mi infierno personal tenía lugar cuando llegaba a casa. Si, probablemente lo peor no era el instituto ni las chicas de mi clase. Lo peor era sin duda llegar a casa, una casa absolutamente vacía donde me esperaba apenas un diminuto plato de comida y unas cuantas botellas de alcohol.

Realmente tenía la necesidad de consumir alcohol, se había convertido incluso en una dependencia

física. Creo que dejé de ir al instituto por este motivo, porque sentía abstinencia, aunque claro yo me autoengañaba y me decía a mí misma que era por culpa de la gente del instituto, cosa que probablemente influyó en mi abandono escolar pero no fue la causa.

Y como le iba diciendo, yo era alcohólica. Bueno quizás todavía lo sigo siendo... ¿Usted cree que sigo siendo alcohólica? Bueno supongo que sí, todo el mundo lo cree, pero yo ahora apenas bebo... Solo un par de copas al día.

Llegaba a casa y lo primero que hacía era dar un trago de Vodka. Como ya sabe, la Ginebra era mi bebida favorita, pero el Vodka me calmaba la sed.

Y, una vez entonada, me comía la poca comida que me permitía a mí misma comer. Y si, sé lo que usted está pensando y tiene razón, cuando me terminaba mi escasa comida volvía a beber, hasta que la cabeza me daba vueltas y me quedaba completamente dormida.

Creo que más de una vez he sufrido un coma etílico, pero tampoco estoy segura, porque siempre que bebo, es en mi casa, completamente sola.

Solía despertarme con un dolor de cabeza insoportable y pasaba a base de ibuprofenos, como ya sabe. Es por eso por lo que tengo el estómago destrozado... Bueno por eso, por el alcohol, la falta de alimento y la provocación de vomito. ¿Sabe que tengo irritación crónica a causa de la bulimia y falta de menstruación por la anorexia? Sí, claro que lo sabe; después de todo, usted es mi psiquiatra.

Y después de haberle contado mis problemas de alcoholismo, anorexia y bulimia me gustaría contarle el porqué.

Sé que usted es un gran psiquiatra y que me está analizando mentalmente, por eso no quiero que me juzgue sin saber por todo lo que he pasado. Porque toda esa gente, todos esos chicos de mi instituto que me juzgaron, me marginaron y se rieron de mí, no conocían absolutamente nada de mi vida y, sin embargo, me arrebataron la poca dignidad que todavía me quedaba.

Pues bien, yo era una chica completamente normal.

Sé que ahora estoy esquelética, pálida, con demasiadas ojeras. Mis dedos están azules todavía; mi aspecto es totalmente enfermizo. Pero yo antes era preciosa, absolutamente preciosa. Mis ojos azules y mi pelo oscuro resaltaban muchísimo con mi piel rosada. Mi cuerpo era perfecto: mis pechos estaban perfectamente desarrollados y mis piernas eran firmes debido al ejercicio que hacía con mi padre. Yo siempre había sido la chica perfecta.

Nunca he sido demasiado cariñosa, en el sentido de mostrar afecto, pero siempre me preocupaba por mis amigos y por mi familia.

Ya le he contado que mis notas nunca han sido perfectas, pero yo sabía compaginar perfectamente el tiempo de estudio con el tiempo de salir con mis amigos, aunque, claro, la fiesta siempre es algo que me ha gustado bastante.

Y fue el veintiuno de abril. Yo tenía diecisiete años, camino de dieciocho e íbamos los cinco en el coche. Mi madre, mi padre, mi hermano, mi novio y yo. Los cinco entramos en el coche y solo salí yo. Pasé más de dos meses en el hospital, casi sin poder moverme, con miles de recuerdos atormentándome.

Cuando salí comencé a beber y apenas comía. Así empecé.

Como cuando salí del hospital ya había hecho los dieciocho decidí quedarme con la casa de mis padres y con todo el dinero sin rendir cuentas a nadie. Estaba muy sola, no quería ver a la poca familia que me

quedaba. Ni a mis amigos. Y fue por eso por lo que me cambié de instituto.

Ahora debería estar en la universidad, con estudios igual que mis padres y sin embargo estoy en un psiquiátrico hablando con usted, que es la única persona a la que por ahora le he contado toda la historia.

Me encontró una de mis amigas hace unos dos meses. Yo estaba tirada en mitad de la calle agarrando con fuerza una botella casi vacía de Ginebra. Ella me llevó al médico la primera vez y es gracias a ella por lo que estoy aquí.

¿Entiende usted cual es mi problema? Mi problema es que no quiero dejar de beber, porque es lo único que me ayuda a sobrellevar todo lo que he pasado. Mi problema es que aunque lo intente no puedo comer como una chica normal sin vomitar. Mi problema es que cuando salga de aquí y llegué a casa, volveré a estar sola.

Pero ¿sabe qué? El problema del resto del mundo es que seguirán llamándome alcohólica, anoréxica y bulímica sin intentar ayudarme. Y seguirán criticándome o lastimándose de mi estado, sin conocer mi historia.

Y lo peor de todo es que hace tiempo que me perdí a mi misma y todavía no tengo intención de encontrarme.

La Môme